

Lorenzo Silva

PADRES E HIJOS

(FRAGMENTO INÉDITO DE UNA NOVELA OLVIDADA)

Desde edad temprana, un tenebroso instinto me previno contra la idea de procrear. Las razones, tratándose de un instinto, ni eran ni habían de ser especialmente nítidas, pero en general se basaban en la siguiente suposición: si distaba de estar dilucidado, si valía más ser que no ser —y para captar la insolubilidad del problema no era preciso acudir a su frecuentación por los clásicos universales, sino que bastaba echarse a uno mismo algún que otro vistazo—, no parecía del todo cauto tomar una decisión que habría de provocar el tránsito de uno o más individuos inocentes. Uno puede sentirse absuelto de existir, pero no de haber hecho existir a otros.

A pesar de todo, yo nunca pude culpar a mis padres. Dentro de lo que es posible, me dieron sin exigirme y me apoyaron por encima de mis equivocaciones, que seguramente es lo máximo que se debe esperar de los padres. Yo fui un niño afectuoso y un adolescente despegado, pero ellos siempre fueron calurosos conmigo, en sus efusiones y en su fe. Mi madre soportó una infinidad de penalidades a las que debo estar aquí, dudando del mundo. Me enseñó la paciencia, el desprendimiento, y una sabiduría desdichada que supe aprovechar poco. De mi padre habría podido recibir la integridad, la energía y un cierto desorden nervioso en el trato diario. Creo que sólo lo último

me influyó visiblemente. Con probabilidad, no obstante, y según resulta tópico presumir, su herencia se infiltró en mí, sobre todo, a través de las determinaciones subterráneas del carácter, de esos mecanismos ineluctables que fueron laboriosamente afinados por generaciones de sujetos que apuraron todos los vasos de la vida antes de que nacióramos, y gracias a los que es tan raro que podamos enfrentarnos al mundo como a una novedad por definir. La familia de mi madre venía de la llanura del Norte, de la tierra que diera campesinos estoicos y clérigos voluptuosos —en el éxtasis y en el martirio—. La de mi padre venía del Sur, pero quizá por haber habitado entre montes su legado era, alternando con fases expansivas, meditabundo y pesimista. Por lo que sé de mis antepasados más lejanos —entre los que hubo jugadores, héroes, hombres rectos y mujeres invencibles—, lo que yo llevo de ellos sólo pudo transmitirse por este camino difuso de los entresijos del temperamento, y apuesto que no me llegó demasiado de lo mejor.

Con mis padres, según puede preverse desde lo que antecede, las relaciones no fueron extraordinariamente difíciles. En absoluto lo fueron con mi madre, que me comprendía bien y sabía cómo tratarme en cada momento, acaso porque compartíamos una sensibilidad muy semejante, oculta pero siempre demasiado aguzada. Con mi

padre pasé sin exasperaciones por la compenetración en la niñez, la hostilidad en la juventud y una relativa incomprensión en adelante, evolución que en lo que a una relación paternofilial atañe, puede calificarse de absolutamente normal y sana cuando los dos implicados son varones. También según lo que es saludable, él no pudo dejar de quererme a lo largo de todas estas etapas, ni yo de admirarle desde una cierta inferioridad, la del niño de cinco años que graba la figura enorme de su padre para mantenerla hasta el momento en que el progenitor yace consumido ante sus ojos, en un desnivel inverso, cuarenta o cincuenta años después.

Como se deduce, mi experiencia de hijo no debía inducirme necesariamente a renunciar a ser padre; todo lo más, a no preferir un hijo varón, con el que, pese al cariño, estaba prácticamente seguro de tener un vínculo en el que ambos nos infligiríamos diversas injusticias. Pero mi experiencia de padre, entre unas cosas y otras, las que sucedieron por mi culpa y las que escaparon a mi control, me confirmó la bondad de la predisposición contraria que al final desoí.

Mi hijo nació cuando yo tenía treinta y cinco años, mi hija meses antes de que cumpliera cuarenta. Ambos tendrían ahora treinta y tantos, pero es el caso que sólo los tiene mi hijo. Cuando le vi por primera vez, con aquellos ojos iguales a los míos, abiertos como yo también los tenía al nacer, he de confesar que uno de esos trastornos irresistibles que en ocasiones suplantán la propia voluntad me precipitó a cogerlo y estrecharlo como un alienado, soslayando que yo había querido una hija y que aquel parecido tan siniestro conmigo no podía ser una buena señal. En sus primeros años me dediqué a él con el oscuro propósito, que

siempre había considerado imbécil y desechable, de que continuase mis pasos hacia un mejor destino —o de que si él elegía otro camino llegase hasta el final, como yo no había hecho—. Logré que con dos años hablara casi perfectamente, que leyera con tres, y algunos otros ridículos records que temo que fueran las primeras causas de su ruina. Aquel niño era tranquilo y complaciente, levemente melancólico, y una egolatría mal apuntada me movió a amarlo de un modo maniático.

Aquello duró, aproximadamente, hasta que vino su hermana. Si él me había enternecido, Irene me encantó y me sedujo con la fuerza de un enigma. Era rubia, diminuta; habría podido deshacer a jirones su piel frotándola dos veces con la barba que me erizaba las mejillas, tras la noche de espera. Cuando abrió los ojos, que había traído confiadamente cerrados al mundo —sin la aprensión de su hermano, que era la mía—, aparecieron ante mí dos luces claras, que borraban de sus rasgos deudores de los míos toda la imperfección que de mí hubiera podido recibir. Mi hijo habría podido ser un heredero; Irene se elevó, desde su origen, por encima de la naturaleza que la había engendrado.

Ya he hablado de Irene. Qué puedo decir ahora de sus diez años de vida, de su aprendizaje fascinante y veloz, con el auxilio no de mis enseñanzas —que no habría sabido cómo darle—, sino de los estímulos inaprensibles que ella cazaba al vuelo y reunía para enriquecer su misterio. Cómo describir sin desviarme la sensación de ser querido, esperado, festejado por una criatura sin mácula a la que yo había traído al infierno. Me duele recordarla, y no por eso que pretende ser obvio de *Nessum maggior dolore che ricordarse...* Dudo

cómo seguiría en italiano, del tiempo alegre en la desgracia. Nunca me he perdonado haberme adjudicado aquel premio por el que Irene pagó con una existencia corta y precoz: el premio de casi detentar como mío su resplandor insólito. Porque ella cayó exterminada por la sombra que me perseguía, la que anida ahora en mi pecho sin que ya nada en él la estorbe. No importa la máscara que adoptó la muerte para arrebatármela, no importa mi desolación rayana en el letargo. De ella sólo quedó el llanto incesante y silencioso de Adriana, que mi memoria prefiere al rastro inmundado de mi tortuoso arrepentimiento.

Como siempre purga no aquél que lo merece, sino quien resulta asequible a la penitencia, mi hijo sufrió sin tasa las consecuencias de mi crimen. Había aceptado sumisamente ser destronado por su hermana, a la que profesó un amor tan ciego como el mío y protegió con la cortedad de sus fuerzas y de su espíritu. Había nacido para el sacrificio y hubo de enterarse pronto, demasiado pronto. Cuando Irene murió yo caí en una crisis obscena, la del pobre que se enriqueció y regresa a las privaciones. Fueron unos diez años de resistencia precaria —sostenido por Adriana, a la que ruinmente forcé a dividirse entre su dolor y mi cuidado—, que culminaron con la muerte de Néstor, tras la que la crisis se convirtió en un franco derrumbamiento. En este viacrucis me desasí de mi hijo sin la menor delicadeza, sin el más mínimo esfuerzo por esconderle que él no era nada que pudiese defenderme del caos, porque en su persona presentía la continuación baldía de mis errores. De este modo, aseguré que se cumpliera contra toda eventualidad ese pronóstico. Le acorralé, no tuvo otra opción que prescindir conscientemente de mi ayuda. Le dejé solo, es curioso, y se ahogó en mí.

Cuando pude enjuiciar, y al mismo tiempo medir todo el daño que le había causado, no había entre mi hijo y yo ninguna posibilidad de entendimiento. Su lógica necesidad de huir de mí le había guiado a un territorio en el que las aspiraciones eran totalmente opuestas a lo que yo podía darle, aunque como una malvada paradoja sus recursos —o su escasez de ellos— coincidían con los míos hasta la náusea. Le conocía de tal manera que nada en él podía sorprenderme. Quizá tuve varias alternativas, pero después de haberle condenado a vivir con mi indiferencia, juzgué inexcusable respetarle por una vez y no castigarle también con mi compasión. Luego él trajo a esa mujer primitiva, no sé si para vengarse de mí o por masoquismo —aunque me inclino por lo segundo—, y con su turbulenta mediación, la pared que nos separaba se hizo insalvable. Singularmente, como ocurren ciertas cosas en la vida, ella fue el arma que mi hijo nunca había tenido contra mí, la que empuñó con mano firme el mango del odio que él nunca había osado arrojarme. Adivino que una sorda sensación de acémila la avisó de que yo era el enemigo, y en su pasión por mi vástago —desde luego, incuestionable— se entregó a luchar con todas sus fuerzas contra mí. Pero él seguía pasivo, sin superarme. A veces me entraban unas ganas salvajes de gritarle que yo era un infeliz, que me borrara de su mente y que hiciera algo por disfrutar de la vida. Me retuvo la vieja sentencia: *No se escarmienta en la cabeza de otro.*

Ahora, mi hijo es un espectro discreto, una figura delgada y quebradiza rematada por un cabello prematuramente encanecido. Los bordes inferiores de sus ojos son de un pardo que unas mañanas tira a marrón y otras a negro, su piel es amarilla y no hay brillo en sus pupilas. Entra y sale



sin escándalo, sin molestar nunca a nadie. Tolera las explosiones de su mujer con una resignación inanimada, como lo hace el ficus junto al que se sienta, que debe de ser su mejor amigo. Dirige lo que un día yo dirigí con una firmeza ausente, la única especie de firmeza de la que es capaz; si se diera cuenta, la responsabilidad que en los primeros años le afectó el corazón y le ulceró el estómago, y que ahora alimenta a ritmo moderado la progresión de ambas enfermedades, ya le habría enterrado hace tiempo. Algunas tardes me parece que se ha vuelto un místico, y que consiente su calvario como un holocausto personal en aras de alguna recompensa ultraterrena. Nunca le he visto fuera de sus casillas —nunca le ha pegado a un niño porque ella no puede o no quiere tenerlos, pero de haberlos tenido, dudo que les hubiera alzado siquiera la voz, aunque le hubieran rellenado con lejía la botella de su agua mineral—. A veces he soñado con placer que me mataba mientras yo dormía —soñando que me mataba mientras

etcétera—, pero lo más verosímil es que me haya perdonado sincera, suavemente.

Aunque —quizá por no hacérmelo tan difícil como debiera resultarme— tiendo a contemplar a mi hijo con cierto cinismo, no voy a ocultar que en ocasiones me conmueve, y no sin alguna intensidad. Verle tan dócilmente abatido, tan puro en su dimisión de la vida, me produce una impresión de extraña belleza, casi de fortuna. Como si hubiera acertado a librarse, como si al fin, tras completar la vía inusual del mártir, se hubiera zafado de las limitaciones que le impuse. En la alegría de imaginar que se haya escapado reconozco, tan tarde, tan inserviblemente, que no puedo dejar de ser su padre. Y sospecho la gravedad de un fracaso del que no sólo mi hijo ha sido víctima, y que ya no me cabe remediar.

La naturaleza es astuta. Con él acabará mi estirpe.